



Flores de nieve

A Blanca Alearáz á cambio de esa «Nana» que canta como lo que
ella es: como una artista

I

LA primera vez que, como suele decirse, me lo eché á la cara, me fué repulsivo, ni más ni menos que si hubiera tropezado con el mismísimo diablo en persona; luego, la costumbre de verle me hizo transigir un tanto con él y hasta llegué á saludarle siempre que le encontraba al paso; después rompióse el hielo de la indiferencia y descubrí un fondo tan hermoso en aquel hombre, que su trato llegó á serme indispensable y su amistad necesaria.

No le conocía; casualmente se estableció en el pueblo dos ó tres meses antes de volver yo á casa de mi tío; por de contado que la aparición del forastero fué para la villa un acontecimiento de dos dedos sobre la

marca, como las caballerías del señor alcalde. Ahí es nada lo del ojo; un hombre que fija su domicilio en un punto, sin rozarse con la gente porque no le da la gana; menudo desacato; un mortal que parece mudo y que no da cuenta á nadie ni de dónde viene ni adónde va, ni qué piensa hacer... abominable, monstruoso, digno de vivir en el desierto... De modo que no puede averiguarse si es rico ó pobre, si tiene ó no tiene dineros, si gusta de estos ó de los otros partidos... ¡Quién sabe!... Acaso sea un pájaro de cuenta, porque su aspecto no peca por lo simpático que se diga...

Figuraos un rostro cetrino muy cerca de verde, pálido en demasía y cuarteado por el polvo y el agua, la frente anublada y con grandes arrugas en ella, señal de tempestades perpétuas; los ojos pequeños pero vivos, muy animosos á las veces y de ordinario conturbados y absortos, con cierta expresión de cansancio bien marcada; el pelo negro y crespo al rape; partiendo de la mejilla derecha obscura cicatriz viniéndole á morir junto al oído, al que faltaba por completo el pabellón de la oreja; bigotes ásperos, muy tiesos, al modo de leznas de maestro de obra prima; vestido con pulcritud, pero con raída ropa; por lo de-

más, actitud tranquila y movimientos des-
envueltos; carácter de pocas palabras y al-
go misántropo, acaso por disgustos de fa-
milia; aire modesto y mirar bondadoso,
bien que un poco huraño; severo y rígido en
lo preceptuado como deber y con barruntos
de ser muy ordenancista; la edad al rayar
en los cincuenta y la profesión militar, se-
gún las lenguas comineras de la villa; para
alguien que por culto se tuviese, un buen
hombre de los que quedan pocos, de genio
austero, pero de fondo excelente; para el
vulgo ignorante un hombre atrabiliario y
ladino.

Como sucede en los pueblos pequeños,
mil veces al día me encontraba con mi
desconocido; ya los domingos en misa, ya
corriendo las bulliciosas calles del merca-
do, ora en el Casino jugando al tresillo,
ora en el billar con el taco en la mano,
pero siempre muy tieso, impasible, indife-
rente á todo, así en las ganancias como en
las pérdidas, y sin decir jamás esta boca
es mía, ni aun por los azares impre-
vistos del juego; el desconocido tenía con-
migo un punto de contacto; gustaba, como
yo, de los paseos solitarios, y casi todas las
tardes nos encontrábamos en algún de-

sierto caminito ó siguiendo por alguna
senda ignorada.

Nuestras caminatas concluían en cierta
plazuela sombreada por corpulentos casta-
ños, cuyas copas, entretejiendo un ondu-
lante toldo de verdura, cortaban los rayos
del sol, que se deshacían en un fino polvo
de luz al atravesar la malla de las hojas;
una fuente rústica, que arrojaba su hilillo
de perlas de agua por el hueco de una
teja, parecía refrescar el ambiente del si-
tio; bancos de piedra orlaban la plazoleta,
y espesa red de jazmines silvestres, ta-
pizando el muro de mampostería en que
se enclavaba el caño, llenaban de aroma
el paraje. Sin embargo, á excepción de mi
desconocido y de mi humilde persona, na-
die se acordaba de tan ameno retiro. Lle-
gábamos, nos saludábamos inclinando li-
geramente la cabeza por vía de saludo y
cada cual se aposentaba después en su
asiento de costumbre, á meditar mi hom-
bre y á leer yo, sin que entre ambos se
cruzara nunca ni media palabra.

Una tarde, al entrar en la plazoleta, nos
encontramos la red de jazmines completa-
mente en flor; comenzaba el mes de Mayo
y todos los capullos se habían abierto, rom-
piendo la clausura de los petalillos de seda;

el verde tapiz del muro hallábase ahora salpicado por una lluvia de estrellitas blancas.

— ¡Ya tenemos flores de nieve! — dije al sentarme, y un recuerdo triste me acometió á la vez, arrancándome de la boca y del corazón esta frase: — ¡Pobre criatura!

Mi desconocido meditaba en su banco. ¡Oh milagro! Apenas me senté en el mío, mi silencioso acompañante me preguntó, con la vacilación de la poca confianza:

— ¿A qué llama V. flores de nieve?

La curiosidad, que, según el célebre dramaturgo inglés, tiene nombre de mujer, toma á las veces aspecto de hombre; la estatua se animaba.

— A los jazmines — contesté. — Pero no es mío el adjetivo; se lo puso una pobre niña cuya vida no duró más que la de estas flores...

— ¿Y por eso tiene V. predilección por este sitio?...

Yo había llegado á creer que el desconocido era mudo, pero iba descubriendo que, como á cada cual de sus convecinos, no le faltaba la lengua.

— Me trae á la memoria un recuerdo muy triste; le diré á V. porqué.

II

Hace cuatro ó cinco años, concluidos mis estudios de facultad, restábame únicamente hacer los ejercicios de licenciatura, y para prepararme de mejor modo y más conciencia, dado que ya no necesitaba asistir á clase, dejé la corte en aras de la economía y vine aquí, con mi tío, donde sobre no gastar, estudiaría el doble, aunque sólo fuera por no aburrirme. Con efecto, trasladé al pueblo mis reales, busqué el lugar más retirado de sus alrededores para trocarlo en gabinete de trabajo y dicho y hecho, la plazoleta en que nos encontramos todos los días me pareció que ni de encargo para mi intento. Pero, amigo mío, el hombre propone y Dios dispone; sin duda, al mismo tiempo en que yo me fijé en tan ignorado retiro, debieron atisbarlo otras dos personas, una señora y una niña, que á poco de instalarme en mi *insula* vinieron á compartir su soberanía conmigo. La señora alcanzaría los cuarenta otoños y en su cara se vislumbraba mucha amargura; la niña era un querubín de ocho años, fresca como una rosa

recién abierta, blanca, con una blancura mate é interesante, y con una aureola de cabellos rubios al rededor de su rostro, que le formaban como una greca de mechones de trigo; vestían pobremente, pero con aseo, y la madre se hallaba siempre triste, la hija siempre alegre y ambas juntas como la sombra y la luz.

A la verdad, su compañía turbaba el silencio necesario para mi estudio, pero era tan amable la presencia de la niña, que á pesar de decidirme por otro sitio solitario, no pude por menos, contra mi voluntad, de seguir concurriendo á la plazoleta de las flores de nieve. Pronto intimamos unos y otros; al principio la niña me miraba con recelo y casi no se atrevía ni á correr; después decidióse á saltar y á brincar sin mover mucho ruido; más tarde llamáronle la atención las láminas de la *Historia Universal* de Cantú que yo estudiaba. Un día las miró desde lejos; otro acercóse de puntillas alargando el cuello; yo la alenté con una caricia, y con la inocencia propia de la infancia, concluyó por acercarse á mí, se sentó sobre mis rodillas y me suplicó con encantadora gracia que le enseñase aquellas estampas tan bonitas. Pronto fuimos grandes amigotes, y la locuela llegó á

hacer de mí cuanto se le antojaba; revolvió mis libros, me obligaba á que diera á la comba, y á que le cogiera mariposas y á que matase los lagartos, y yo, dando treguas á la ciencia, trocado en un monigote, la obedecía sin replicar palabra; llegué á profesar á la niña un cariño verdadero; su madre me rogaba con mil protestas que dispensase el atrevimiento de la criatura, pero al ver mi bondad, concluyó también por salir de su reserva y supe que la desgraciada vivía ausente de su esposo, que el infeliz, militar de profesión, vegetaba emigrado por causa de sus ideas políticas, que á fuerza de trabajo les mandaba lo necesario para no morir de hambre, y que el pobre padre apenas si conocía á su hija, por haberla abandonado de pocos meses; me inspiró lástima profundísima, créalo V., aquel infortunio ignorado, aquellas lágrimas silenciosas que no enjugaba nadie.

Una tarde de primavera, ¡no la olvidaré nunca! la malla que tapiza el muro de esta fuente nos la encontramos cubierta de florecitas de jazmín; en cuanto las vió la niña empezó á palmotear y á gritar:

— Mamá... ¡Señor estudiante!... Así me llamaba. ¡Ya tenemos flores de nieve!...

¡Qué gusto!... ¡Qué gusto!... ¡Voy á llenarle á V. el libro de jazmines para que huelan bien! Y esto diciendo me atestó la *Historia Universal* de florecitas.

¡Dios mío! Una tarde faltó la niña, lo que atribuí á cualquier circunstancia fortuita; pero tampoco acudió al siguiente y empecé á alarmarme. Por desgracia, mis temores se cumplieron; mi amiguita estaba en cama. ¡Fuí á verla y la encontré en un estado!... Palidita, desencajada, con los ojos hundidos, presa de una fiebre nerviosa intensísima. En cuanto entré en la alcoba me conoció la enfermita y se empeñó en que me quedase con ella y le refiriese cuentos; no hay para qué enumerar lo que pasamos su madre y yo; el médico luchó como un héroe, yo no me separé del lecho ni un instante; todo en vano. La muerte la cogió como cosa suya y una hermosa mañana en que el sol brillaba con toda la espléndida alegría del mes de mayo voló para no volver más. A los tres meses, incapaz de resistir tantos contratiempos, descansaba la madre en el cementerio del pueblo junto al cadáver de su hija. ¡Pobre Margarita, y pobre doña Patrocinio!...

Cuando concluí mi relato sentí hondos cosquilleos en los ojos, pero me dió ver-

güenza que me los adivinara mi desconocido; tal es la condición humana. Pero mi hombre no era tan susceptible; lloraba en silencio y me miraba de hito en hito á través del turbión de sus lágrimas.

— ¿Le ha conmovido á V. mi historia? — le pregunté. Y entonces el desconocido me respondió pausadamente y con honda tristeza:

— ¡Ya ve V., Margarita era mi hija y doña Patrocinio mi esposa!...





El lavatorio de la muñeca

NADA, de aquella mañana no pasaba. Ya estaba ella harta de oír á las chicas de la quinta de al lado que su muñeca parecía un carbonero. A la verdad no les faltaba

razón, y la niña lo comprendía así; el pobre *bebé* era solo en la casa de campo de los abuelitos; no tenía allí Luisita otro con que alternar, y es claro, en fuerza de tanto jugar con él, y de sacarlo al sol y de llevarlo á paseo por el soto, el polvo de los caminos y carreteras le había puesto la cara hecha un tizo. La desgraciada muñeca mostraba un rostro renegrido, en el que no se conocían carrillos, ni mejillas, ni labios, ni nada de rosa; una gran costra de roña cubría desde el cuello á la frente todo el cutis: se hallaba feísima.

Pero de aquella mañana no pasaba. Luisita cogió su muñeca, fuese á la alcoba de su abuelita, que andaba por el huerto á la sazón, y aprovechando el momento de no encontrarse nadie en la estancia, cogió una esponja, la sepultó en el agua, y de que estuvo bien empapada, la sacó, estrujándola un poco para que escurriera, y en seguida comenzó á lavar la renegrida cara del *bebé*. La porquería de la muñeca era muy antigua; sin embargo, frotando bien, saldria la antipática costra, y la muñeca recobraría su hermoso color primitivo.

Mas ¡oh dolor!... El refregón de la mojada esponja se llevaba la corteza negra de mugre que obscurecía el semblante de la

muñeca ; pero á la vez arramblaba con el sonrosado del cutis de cartón, y el *bebé* se había quedado blanco como un busto de yeso... Al ver Luisita la rara apariencia que la muñeca ofrecía con aquella palidez de estatua de mármol, tiró enojada la esponja y suspendió el lavatorio, poniéndose á secar al *bebé* á escape y corriendo, antes de que perdiera más. Pero el mal ya estaba hecho ; la piel de la muñeca perdió, eso si, su barrizal de porquería, pero con la bazofia salieron los envidiables colores que poseía cuando la compraron, asomaron los granitos del cartón, y se le trocó el semblante en un papel...

Luisita no pudo resistir el golpe ; primero se incomodó, tiró la esponja y la muñeca, y rabió los imposibles ; luego, al considerar su falta de tacto y al pensar que se había quedado sin *bebé*, rompió á llorar, y afligida toda, contemplando en silencio la cara de *clown* de su hijita de cartón-piedra, la sorprendió la abuelita al retirarse del huerto. Había sido muy torpe ; era indudable ; pero de los escarmentados nacen los avisados, y pasada su aflicción, prometióse Luisita no volver á lavar el rostro á ninguna muñeca, así llegara á tener en la cara una capa de grasa de un

dedo ; más valía un *bebé* sucio que no con aquel aspecto de cadáver.

II

Un día le dijeron á Luisita que sus papás habían recibido otro niño de París, un niño gordito, blanco y rubio, al cual tenía que querer como Dios manda, puesto que era su hermanito... La idea de este muchacho no se borraba de la mente infantil de Luisita ; y por lo que le decían sus abuelitos, había llegado á sentir por él un gran cariño... Cuando llegó el invierno, y con el invierno la hora de dejar la casa de campo y los abuelos y de tornar al lado de sus papás, que ya deseaban tenerla en su compañía, Luisita experimentó un verdadero júbilo... ¡Iba por fin á conocer al niño gordito, blanco y rubio, que trajeron de Francia á su mamá !...

Por el camino, en el tren, Luisita abrumó á preguntas á su abuelo... Todo lo quería averiguar... Dónde iban los caballos del ferrocarril ; porqué había rails en el camino ; qué pueblo era éste y qué río aquél ; y de cuando en cuando hablaba con el anciano del hermanito, del niño recién llegado de Francia...

La entrada de Luisita en casa de sus papás fué un acontecimiento. Se marchó enclenque, encanijada, palidita, anémica, débil, no tenía gana de comer, parecía imposible que viviera, y regresaba fuerte, recia, colorada, robusta, dura, con buen hambre y rebosando salud por todos sus poros. Su madre se la comió á besos, la abrumó á caricias, no sabía separarse de ella, y su padre también la cogió en brazos y la sentó sobre sus rodillas... ¿Y el niño? En seguida se lo enseñaron. Era un angelito rubio, muy redondo, con unos colores de rosa que daba gozo verlo; diríase que le iba á saltar la sangre de los carrillos; debajo de la barba, en las mejillas, en las muñecas se le formaban bolsas de carne de puro gordo y mantecoso.

En éstas iban á vestir al niño y la criada trajo un cesto con ropas, una palangana y una enorme esponja. Luisita no había visto nunca aquello; repentinamente se acordó de algo y se puso seria. Desnudaron á la criatura; su cuerpo era todo una hoja de rosa; ostentaba un encendido tal en la piel de sano y robusto que diríase que le acababan de frotar el cuerpo. El niño, protestando á su manera del acto, berreaba de lo lindo, produciendo sus gemidos una

extraña impresión en su hermana que miraba la operación de despojarle de la ropa con los ojos muy abiertos.

De pronto advirtió que su madre empapaba la esponja en el agua, y se disponía á pasársela al niño por el cuerpo; la remembranza de su descolorida muñeca le vino á la memoria, y abalanzándose hacia su hermanito como para defenderle, gritó Luisa, con la inocencia de sus cinco años:

— No le laves, no, mamá... ¡ No le laves, que se va á despintar !...

